

Y con Él, desde hace treinta años, viene y va la dolorosa de la Caridad. Ella misma es el reverso del dolor. Su palio refulge con la luz que se paga a esa familia que lo necesita para que no le corten el suministro. El llanto que resbala por sus mejillas es del mismo agua que se abona, sin que nadie se entere, para que, si alguien tiene sed, pueda beber. Las llamas de su candelería son las mismas que arden en la hornilla, la estufa o el termo de butano de ese hogar donde viven unos padres y unos hijos en paro, y sin prestación de ningún tipo, sufragado por la solidaridad fraterna. Esa, y no otra, es la Caridad que acompaña al Cristo lanceado. Me inclino ante ti, y te reverencio, gran madre de la Caridad zaidinera.

Laten al unísono los corazones creyentes de Granada a la hora suprema.

En el Campo del Príncipe, convertido en ese instante sacrosanto en el “Golgota del mundo”, se han de adorar con reverencia, una por una, sus cinco sagradas llagas, haciendo presentes, ante el pétreo Señor de los Favores, más de carne que nunca en esos instantes, a los millones de miembros de su Cuerpo social que están en permanente viacrucis, calvario y pasión, en los que Él sigue siendo crucificado en nuestro mundo. Son las llagas abiertas de sus hermanos, y hermanos nuestros, las que le duelen. Y nos deben doler también a nosotros cuando vayamos a tu presencia, Cristo favorecedor, para ver como mueres, otra vez más, en el preciso instante en que, agudo y escalofriante, suene el cornetín y, sobre el silencio sobrecogedor y orante de la muchedumbre prosternada, doblen a difunto las campanas de San Cecilio, y el ángel recoja tu Espíritu entregado al Padre.

Y aquí lo digo y lo dejo: ¿Cuándo el Cristo de los Favores, levantado por la fe de sus vecinos hace casi 376 años, va a ser proclamado patrón del Realejo? ¿Será por méritos?

*Vuelvo a ti, Padre. Qué gozosamente
me inclino y me hundo dentro de tu seno
abismal, manantial, cristal sereno
del luciente frondor de eterna fuente*

*Quiero verte y beberte, transparente,
y llenarme de ti, y quedarme lleno
y hambriento, Padre mío, Padre bueno.
¡Qué sed de Padre sufro últimamente!*

*Hoy vuelvo a ti, no solo ni vacío.
La espiga en cruz brotó con nuevos granos.
Mira: traigo agarrados a mis manos*